



LECTIO DIVINA

XXVIII semana del Tiempo Ordinario
Del 13 al 19 de octubre de 2019



**“Encontrarte, dejarme limpiar
y volver a ti agradecido
me salva.”**

Oración introductoria

Señor, concédeme la gracia de reconocerte necesitado de tu compasión amorosa.

Petición

Señor, dame un corazón agradecido contigo y con los demás.

Lectura del segundo libro de los Reyes (2 Re. 5,14-17)

En aquellos días, el sirio Naamán bajó y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra de Eliseo, el hombre de Dios, Y su carne volvió a ser como la de un niño pequeño: quedó limpio de su lepra. Naamán y toda su comitiva regresaron al lugar donde se encontraba el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él exclamando: «Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel. Recibe, pues, un presente de tu siervo». Pero Eliseo respondió: «Vive el Señor ante quien sirvo, que no he de aceptar nada». Y le insistió en que aceptase, pero él rehusó. Naamán dijo entonces: «Que al menos le den a tu siervo tierra del país, la carga de un par de mulos, porque tu servidor no ofrecerá ya holocausto ni sacrificio a otros dioses más que al Señor».

Sal (Sal. 97,1.2-3ab.3cd-4)

El Señor revela a las naciones su salvación.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 2,8-13)

Querido hermano: Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David, según mi evangelio, por el que padezco hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación y la gloria eterna en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito: Pues si morimos con él, también viviremos con él; si perseveramos, también reinaremos con él; si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 17,11-19)

Una vez, yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

Releemos el evangelio

San Claudio de la Colombière (1641-1682)

jesuita

Retiro de 1674, cuarta semana

“Se echó rostro en tierra, a los pies de Jesús, dándole gracias”

La meditación sobre el amor de Dios, me ha impresionado fuertemente considerando los bienes que recibo de Dios desde el primer momento de mi vida hasta hoy. ¡Cuánta bondad! ¡Cuánto desvelo! ¡Cuánta providencia para el cuerpo y para el alma! ¡Cuánta paciencia! ¡Cuánta dulzura!... Me parece que Dios me ha hecho penetrar y ver claramente esta verdad: primero, que él está en todas las criaturas; segundo, que todo lo que hay de bueno en ellas es él; tercero, que es él quien nos hace todo el bien que de ellas recibimos.

Y me parece ver a este rey de gloria y majestad dedicado a calentar nuestras vestiduras, a refrescarnos con el aire, a alimentarnos con la comida, a alegrarnos con los sonidos y en los objetos agradables, a producir en mí todos los movimientos necesarios para vivir y actuar. ¡Qué maravilla!

¡Quién soy yo, oh Dios mío, para ser así servido por vos, en todo momento, con tanta asiduidad y en todas las cosas con tanto mimo y tanto amor! Y hace lo mismo con todas las demás criaturas; mas todo eso por mí, igual que un intendente celoso y vigilante que hace trabajar en todos los rincones del reino para su rey. Lo que es más admirable es que Dios hace esto mismo con todos los hombres, aunque nadie piense en ello, si no es alguna alma escogida, alguna alma santa. Es preciso que, al menos yo, piense en ello y sea agradecido.

Me imagino que, así como Dios quiere que el fin último de todos sus actos sea su gloria, así también hace todas estas cosas principalmente por amor de aquellos que piensan en ello y admiran así su bondad, le quedan reconocidos, y de ahí nace la ocasión para amarle: los demás reciben los

mismos bienes como por casualidad o por suerte... Dios nos da incesantemente el ser, la vida, las acciones de todo cuanto en el universo hay creado.

Esta es su ocupación en la naturaleza; la nuestra debe ser la de recibir sin cesar lo que nos envía de todas partes y devolvérselo con acción de gracias, alabándole y reconociendo que él es el autor de todas las cosas. He prometido a Dios de hacer cuanto esté de mi parte.

Palabras del Santo Padre Francisco

«O se puede pensar en los diez leprosos de los que habla también Lucas, los cuales fueron sanados y se fueron, pero solamente uno volvió a dar gracias: los otros habían sido sanados y así se olvidaron de Jesús. Frente a una fe condicionada por el interés, Jesús reprocha y dice: “Trabajad, no por la comida que no dura, sino por la comida que permanece para la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará”. La comida es la Palabra de Dios y el amor de Dios.» *(Homilía de S.S. Francisco, 16 de abril de 2018).*

Meditación

Existe una hermosa tradición mística en la Iglesia de Oriente. Se conoce como la oración del Nombre de Jesús. Consiste en repetir de modo frecuente a lo largo de la jornada las palabras: ‘Jesús, hijo de David, ten compasión de mí.’

Grandes hombres de oración han dedicado una vida entera a contemplar estas sencillas palabras. Y es que en ellas se encuentran las dos actitudes que un corazón saludable tiene al acercarse a Jesús, es decir, la confianza y la gratitud.

Primero, confianza. Sabemos de antemano que aquello que pediremos nos será concedido. En el corazón de cada uno de los leprosos estaba este anhelo por ver realizada su petición. No olvidemos que la lepra

era enfermedad de pecadores; de ahí que sólo quien podía perdonar los pecados tenía potestad para curarla.

Después, agradecimiento. La bendición que recibimos gratuitamente exige, en toda justicia, que volquemos nuestra mirada hacia lo alto y demos gracias por tan inmenso derroche de generosidad. Tristemente, de los diez leprosos sólo uno regresó. ¡Y era el samaritano, enemigo de los judíos y extraño al Dios de Israel!

¿Cuántas veces conseguimos verdaderamente, con un corazón sincero, pasar de la confianza al agradecimiento? ¿Cuántas veces confiamos sin agradecer? ¿Cuántas veces desconfiamos y no agradecemos? El Evangelio es muy claro. Quien agradece, da gloria a Dios. Y quien da gloria a Dios, es salvado por su fe. Así pues, ¿confiamos y agradecemos?

Oración final

Señor, desde la soledad y el aislamiento he venido hacia ti, con todo el peso y la vergüenza de mi pecado, de mi enfermedad. He gritado, he confesado, he pedido tu misericordia, a ti que eres el amor. Tú me has escuchado antes de que pudiera yo terminar mi pobre oración; aunque de lejos tú me has conocido y me has acogido. Tú sabes todo de mí, pero no te escandalizas, no desprecias, no alejas.

Me has dicho que no tenía que temer, que no me escondiera. Lo único necesario ha sido confiar en ti, abrir una hendidura en el corazón y tu salvación me ha alcanzado, he sentido ya el bálsamo de tu presencia. He comprendido que tú me has sanado.

Entonces, Señor, no he podido hacer otra cosa que volverme hacia ti, para decirte por lo menos gracias, para llorar de gozo. Pensaba que no tenía a nadie, que de ésta no iba a salir, que no aguantaría. Y, sin embargo, tú me has salvado, me has dado otra vez la posibilidad de empezar.

Señor, gracias a ti ihe dejado de ser un leproso! He echado mis vestiduras rotas y me he puesto el traje de fiesta. He roto el aislamiento de la vergüenza, de la dureza y he empezado a salir de mí, dejándome a las espaldas mi cárcel. Me he levantado, he resucitado. Hoy, contigo, he empezado de nuevo a vivir.

LUNES, 14 DE OCTUBRE DE 2019

La mirada en la vida de Jesús.

Oración introductoria

Señor, que comprenda mejor lo que Tú me quieres decir a través de la contemplación de tus misterios divinos y la lectura de tu palabra.

Petición

Jesús, dame la gracia de convertir mi corazón de piedra en un corazón semejante al tuyo.

Comienzo de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 1,1-7)

Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para anunciar el Evangelio de Dios. Este Evangelio, prometido ya por sus profetas en las Escrituras santas, se refiere a su Hijo, nacido, según la carne, de la estirpe de David; constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios, con pleno poder por su resurrección de la muerte: Jesucristo, nuestro Señor. Por él hemos recibido este don y esta misión: hacer que todos los gentiles respondan a la fe, para gloria de su nombre. Entre ellos estáis también vosotros, llamados por Cristo Jesús. A todos los de Roma, a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de los santos, os deseo la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Sal (Salmo 97)

El Señor da a conocer su salvación.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 11,29-32)

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: «Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás.»

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilías sobre la conversión pronunciadas a su vuelta del campo, n° 1*

«Se han convertido como respuesta a la proclamación de Jonás»

Guardémonos de perder toda esperanza, sino evitemos igualmente ceder muy fácilmente a la indolencia... La desesperanza impide al que ha caído levantarse y la indolencia hace caer al que está de pie... Si la presunción nos precipita de lo alto de los cielos, la desesperanza nos precipita en el abismo infinito del mal, mientras que es suficiente un poco de esperanza para arrancarnos de él... Así es como Nínive ha sido salvada. Sin embargo, la sentencia divina pronunciada contra los ninivitas era de por sí para sumergirlos en el desconcierto, pues ella no decía: «Si os arrepentís, seréis salvados», sino simplemente: «Todavía tres días y Nínive será destruida» (*Jon 3,4*).

Pero ni las amenazas del Señor, ni los requerimientos del profeta, ni la severidad incluso de la sentencia...no hicieron doblegar su confianza en sí. Dios quiere que saquemos una lección sin condiciones de esta sentencia de manera que instruidos por este ejemplo, resistamos a la desesperación como a la pasividad... Además, la benevolencia divina no se manifiesta solamente a través del perdón concedido a los Ninivitas arrepentidos...: el tiempo concedido atestigua igualmente su bondad inexpresable. ¿Pensáis que tres días habrían podido bastar para borrar tanta iniquidad? La benevolencia de Dios estalla detrás de estas palabras; por otra parte ¿no es ésta la artesana principal de la salvación de toda la ciudad?

Que este ejemplo nos preserve de toda desesperación. Pues el diablo considera esta debilidad como su arma más eficaz e incluso pecando, no sabríamos darle mayor gusto que perdiendo la esperanza.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Podemos preguntarnos: ¿Yo tengo el corazón duro, tengo el corazón cerrado? ¿Yo dejo que mi corazón crezca? ¿Tengo miedo de que crezca? Y si crece siempre con las pruebas, con las dificultades, se crece como crecemos todos nosotros desde niños: aprendemos a caminar cayendo, del gatear al caminar, ¡cuántas veces hemos caído! Pero se crece con las dificultades. Dureza. Y lo mismo, cerrazón. Pero quien permanece en esto... “¿Quiénes son, padre?”. Son los pusilánimes. La pusilanimidad es una actitud fea en un cristiano, le falta el coraje de vivir. Se cierra. Es pusilánime.» *(SS Papa Francisco, homilía, 17 de enero de 2019 en santa Marta)*

Meditación

Cristo responde a la gente que quiere ver a Dios que vean su vida y más específicamente su muerte y resurrección, porque solo en la contemplación del misterio pascual podemos entender a Dios, ya que este fue el acto más divino que pudo haber hecho, dar su vida sin pedir nada a cambio, y solo sugerir que lo amásemos. Ante esta actitud de Dios bien meditada, contemplada y ponderada, la inteligencia y el afecto se

arrodillan ante el misterio, ¿qué más se puede pedir sino un corazón más grande para amarlo?

Reconocer a Dios no es fácil; por eso es normal que queramos ver a Dios a nuestra manera, preguntarle para que Él nos pueda responder, agarrarlo para que no pueda hacer algo más sino lo que queramos. Pero no podemos hacer que Dios se someta a nuestra voluntad porque así no es como Él lo quiere, hay que dejar que Dios sea Dios.

En la historia ha habido grandes ejemplos de fe en Dios, y estos nos sirven como modelos para nuestra propia vida porque son personas, como nosotros, que tomaron la decisión de seguir a Cristo a donde los llevara, sin hacerse sordos a su llamado y siendo dóciles y abiertos para que Él les diera las gracias necesarias y, así, emprender el camino, no siempre fácil, de creer en cada momento y aceptar su plan.

Oración final

¡Alabad, siervos de Yahvé,
alabad el nombre de Yahvé!
¡Bendito el nombre de Yahvé,
desde ahora y por siempre! *(Sal 113,1-2)*

MARTES, 15 DE OCTUBRE DE 2019
SANTA TERESA DE JESÚS, virgen y doctora de la iglesia
Manso y humilde de corazón

Oración introductoria

Señor, vengo ante Ti porque quiero que me enseñes a orar. Permíteme entrar en tu presencia y escuchar lo que quieres decirme. Señor, Tú conoces mejor que nadie mis necesidades. Concédeme aquellas que más necesito.

Quiero conocerte y amarte, pero necesito me des tu gracia porque sin Ti nada puedo hacer. Quédate, Señor, conmigo y jamás me abandones. Jamás permitas que nada ni nadie me separe de Ti.

Petición

Jesús, ayúdame a ser consecuente con el amor y la caridad, hasta en los más pequeños detalles de mi vida.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 15, 1-6)

Así obra el que teme al Señor, el que observa la ley alcanza la sabiduría. Ella le sale al encuentro como una madre y lo acoge como una joven esposa. Lo alimenta con pan de inteligencia y le da a beber agua de sabiduría. Si se apoya en ella, no vacilará, si se aferra a ella, no quedará defraudado. Ella lo ensalzará sobre sus compañeros y en medio de la asamblea le abrirá la boca. Lo llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia y lo revestirá con un vestido de gloria. Encontrará gozo y corona de júbilo, y un hombre eterno recibirá en herencia.

Salmo (Sal 88, 2-3. 6-7. 8-9. 16-17. 18-19)

Contaré eternamente las misericordias del Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 11, 25-30)

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Ávila

Del Libro de su vida (Cap. 22,6-7.12.14)

Acordémonos del amor de Cristo

Con tan buen amigo presente -nuestro Señor Jesucristo-, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Él ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero. Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita.

¿Qué más queremos que un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino: san Francisco, san Antonio de Padua, san Bernardo, santa Catalina de Siena.

Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir a ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana. Siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene: que amor saca amor. Procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar, porque, si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón de este amor, seremos a todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Las bienaventuranzas son el perfil de Cristo y, por tanto, lo son del cristiano. Entre ellas, quisiera destacar una: “Bienaventurados los mansos”. Jesús dice de sí mismo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Este es su retrato espiritual y nos descubre la riqueza de su amor. La mansedumbre es un modo de ser y de vivir que nos acerca a Jesús y nos hace estar unidos entre nosotros; logra que dejemos de lado todo aquello que nos divide y nos enfrenta, y se busquen modos siempre nuevos para avanzar en el camino de la unidad.» (*Homilía de S.S. Francisco, 1 de noviembre de 2016*).

Meditación

Sin duda estas palabras del Evangelio nos invitan a reflexionar en varios puntos. La gente sencilla. El conocimiento del Hijo y del Padre. El alivio para el camino. Como factor común está la humildad, virtud esencial para ser sencillo, para poder «ver» a Dios y sobre todo, para poder abandonarse a Cristo, descanso para el alma.

1. Las has revelado a la gente sencilla: La gente sencilla es la gente más feliz, porque es la gente que no tiene apegos superfluos ni preocupaciones estériles. La gente sencilla habla de Dios con naturalidad, tienen a Dios en los labios y en el corazón. Cuando las familias y los jóvenes realizan misiones de evangelización, descubren esta realidad. Pero hay que comprender esto, porque la sencillez es una virtud para toda persona, de cualquier condición social, hombres y mujeres.

En contraste, hay también pobres que, sumergidos en la soberbia, no saben ser sencillos y pasan sus días enviciados y hasta en la delincuencia. Y hay gente con bienes económicos que saben ser sencillos. Jesús contrapone a los «sabios» con los «sencillos», no porque la sabiduría sea algo malo, sino por aquellos que se creen saberlo todo y no necesitar de nadie. Para ellos, los «sabios», Dios no existe, no lo necesitan, dicen que es el ‘opio del pueblo’... No, la gente sencilla se sabe criatura en manos de su Creador,

hijo en manos de su Padre. Los misterios del Reino de Cristo sólo los sencillos lo saben apreciar y vivir.

2. El conocimiento del Hijo y del Padre: Es significativo el hecho de que Cristo diga: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». ¿Entonces hay un modo de conocer a Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra? ¡Claro que sí! Cristo mismo nos lo muestra, pero sólo si sabemos ser sencillos para adentrarnos en el misterio podremos tener un conocimiento vivencial de Dios.

Es Padre amoroso que nos sostiene en su Providencia. Entonces, debemos conocer al Hijo, a Jesús, para poder conocer también al Padre. Y a Cristo se le conoce en los Evangelios, en la Eucaristía y en el depósito de la fe que fue confiado a la Iglesia: sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, dirá a Pedro. Conozcamos, pues, a Cristo y pidámosle que nos muestre al Padre, que lo podamos experimentar así, como Padre amoroso.

3. Mi yugo es suave y mi carga ligera: Nuestro siglo es el siglo del estrés, una enfermedad que nuestros abuelos no conocieron. Otra enfermedad muy típica de este siglo es la depresión. Estrés y depresión son dos piedras en el zapato de millones de personas en el mundo que no les dejan caminar por la vida en paz. «Vengan a mí» nos dice Jesús. Nos llama a descansar en Él, porque con Él la carga del trabajo y de la vida no desaparece pero sí es más llevadera.

No existen fórmulas para desaparecer los problemas, las dificultades ni los sufrimientos. Forman parte de la existencia de todos y cada uno. Pero una cosa es sumergirse en el problema, en la dificultad y en el sufrimiento, y otra muy distinta es saber afrontarlos. Y si se superan de la mano de Cristo, mucho mejor. Por ello, para los estresados y deprimidos, hoy Cristo también les invita: ¡Vengan a mí!

Oración final

¡Llegue a mí tu amor, Yahvé,
tu salvación, conforme a tu promesa!
Y daré respuesta al que me insulta,
porque confío en tu palabra. *(Sal 119,41-42)*

MIÉRCOLES, 16 DE OCTUBRE DE 2019
El amor y el servicio.

Oración introductoria

Dame la gracia, Señor, de amarte íntimamente para que pueda entender tu pensamiento y sentir tu corazón y, así, sea un testimonio para los demás.

Petición

Señor, dame un corazón sencillo y sincero

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 2,1-11)

Tú, el que seas, que te eriges en juez, no tienes disculpa; al dar sentencia contra el otro te condenas tú mismo, porque tú, el juez, te portas igual. Todos admitimos que Dios condena con derecho a los que obran mal, a los que obran de esa manera. Y tú, que juzgas a los que hacen eso, mientras tú haces lo mismo, ¿te figuras que vas a escapar de la sentencia de Dios? ¿O es que desprecias el tesoro de su bondad, tolerancia y paciencia, al no reconocer que esa bondad es para empujarte a la conversión? Con la dureza de tu corazón impenitente te estás almacenando castigos para el día del castigo, cuando se revelará el justo juicio de Dios, pagando a cada uno

según sus obras. A los que han perseverado en hacer el bien, porque buscaban contemplar su gloria y superar la muerte, les dará vida eterna; a los porfiados que se rebelan contra la verdad y se rinden a la injusticia, les dará un castigo implacable. Pena y angustia tocarán a todo malhechor, primero al judío, pero también al griego; en cambio, gloria, honor y paz a todo el que obre el bien, primero al judío, pero también al griego; porque Dios no tiene favoritismos.

Sal (Sal. 61,2-3.6-7.9)

Tú, Señor, pagas a cada uno según sus obras.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 11,42-46)

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda clase de legumbres, mientras pasáis por alto el derecho y el amor de Dios! Esto habría que practicar, sin descuidar aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos, que os encantan los asientos de honor en las sinagogas y las reverencias por la calle! ¡Ay de vosotros, que sois como tumbas sin señal, que la gente pisa sin saberlo!» Un maestro de la Ley intervino y le dijo: «Maestro, diciendo eso nos ofendes también a nosotros.» Jesús replicó: «¡Ay de vosotros también, maestros de la Ley, que abrumáis a la gente con cargas insoportables, mientras vosotros no las tocáis ni con un dedo!»

Releemos el evangelio

*Las Sentencias de los Padres del Desierto (siglos IV-V)
Colección sistemática, cap. 9*

***«¡Ay de vosotros que abrumáis
a la gente con cargas insoportables!»***

Un hermano que había pecado fue echado de la iglesia por el presbítero; y 'abba' Besarión se levantó y salió con él diciendo: «Yo también soy un pecador»...

Una vez, en Scete, un hermano cometió una falta. Tuvieron consejo y decidieron convocar al 'abba' Moisés. Pero éste no quiso ir. Entonces el presbítero envió a alguno a decirle: «Ven, que todos te esperamos». Se levantó y se fue con una cesta agujereada que llenó de arena y se la cargó a su espalda, y la llevó así. Los demás, que habían salido a su encuentro, le dijeron: «¿Qué es esto, padre?» El anciano dijo: «Mis faltas se van cayendo detrás de mí y yo no las veo; y yo ¿he venido hoy a juzgar las faltas de otro?» Al escuchar estas palabras no dijeron nada al hermano, sino que lo perdonaron.

'Abba' José preguntó a 'abba' Poemen,: «Dime cómo llegar a ser monje!». El anciano le respondió: «Si quieres tener paz aquí y en el mundo futuro, di en toda ocasión: Yo, ¿quién soy? Y no juzgues a nadie».

Un hermano preguntó al mismo 'abba' Poemen, diciéndole: «Si veo una falta en mi hermano, ¿está bien esconderla?» El anciano contestó: « En el momento en que escondemos las faltas de nuestro hermano, también Dios esconde las nuestras; y en el momento en que ponemos de manifiesto las faltas de nuestro hermano, también Dios pone de manifiesto las nuestras».

Palabras del Santo Padre Francisco

«El acento, más bien, hay que ponerlo en el objetivo principal: ¡convertirse en discípulo de Cristo! Una elección libre y consciente, hecha por amor, para corresponder a la gracia inestimable de Dios, y no un modo de promoverse a sí mismo. ¡Esto es triste! Ay de los que piensan seguir a Jesús para promoverse, es decir, para hacer carrera, para sentirse importantes o adquirir un puesto de prestigio. Jesús nos quiere apasionados de él y del Evangelio. Una pasión del corazón que se traduce en gestos concretos de proximidad, de cercanía a los hermanos más necesitados de acogida y cuidados. Precisamente como vivió Él.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 30 de julio de 2019*).

Meditación

El corazón de Cristo está lleno de amor por nosotros, y eso lo podemos palpar en este pasaje ya que Él regaña a los fariseos y doctores de la ley, no porque tengan una malicia intrínseca, sino porque quiere la conversión del pecador y no se centra tanto en su pecado. El centrarse en el pecado más que en la persona del pecador, es lo que Cristo recrimina a los fariseos, porque esa es una gran parte del amor de Dios y su justicia.

En la Iglesia de hoy podemos encontrar personas parecidas a los fariseos que son autoridades eclesiásticas alejadas de la gente y viviendo en su torre de cristal, teniendo un estilo de vida más de ser servido que de servir; pero Cristo nos enseña a vivir de manera contraria haciendo de nuestras vidas un acto continuo de servicio.

También puede haber ejemplos de inconsistencia en las personas que predicán de una forma, pero viven de otra; esto es muy malo porque lo que más enseña y mueve a la gente es el ejemplo de vida. Para solucionar todo esto se necesita tener, sobre todo, una actitud como la de Jesús que es capaz de alabar lo bueno y ayudar al prójimo con su palabra, pero principalmente con su ejemplo, así todo el que lo ve se siente llamado a seguirlo.

Dejémonos interpelar por la vida de Cristo para que nuestras conductas cada vez se parezcan más a las de Él, quien se interesa en nuestras actitudes, piensa siempre en servir y es capaz de comprendernos para saber qué pedir de nosotros.

Oración final

Feliz quien no sigue consejos de malvados
ni anda mezclado con pecadores
ni en grupos de necios toma asiento,
sino que se recrea en la ley de Yahvé,
susurrando su ley día y noche. (*Sal 1,1-2*)

JUEVES, 17 DE OCTUBRE DE 2019
SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, OBISPO Y MÁRTIR
¿Qué tipo de llave soy?

Oración introductoria

Señor, te pido que me des las fuerzas necesarias para que hoy pueda ser más generoso que ayer, y así, pueda ayudar a los que me necesitan.

Petición

Dame la gracia, Señor, de la perseverancia final en mi fe católica.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 3,21-30a)

Ahora, la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los profetas, se ha manifestado independientemente de la Ley. Por la fe en Jesucristo viene la justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna. Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien Dios constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre. Así quería Dios demostrar que no fue injusto dejando impunes con su tolerancia los pecados del pasado; se proponía mostrar en nuestros días su justicia salvadora, demostrándose a sí mismo justo y justificando al que apela a la fe en Jesús. Y ahora, ¿dónde queda el orgullo? Queda eliminado. ¿En nombre de qué? ¿De las obras? No, en nombre de la fe. Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley. ¿Acaso es Dios sólo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Evidente que también de los gentiles, si es verdad que no hay más que un Dios.

Sal (Sal 129,1-2.3-4.5)

Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 11,47-54)

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¡Ay de vosotros, que edificáis mausoleos a los profetas, después que vuestros padres los mataron! Así sois testigos de lo que hicieron vuestros padres, y lo aprobáis; porque ellos los mataron, y vosotros les edificáis sepulcros. Por algo dijo la sabiduría de Dios: "Les enviaré profetas y apóstoles; a algunos los perseguirán y matarán"; y así, a esta generación se le pedirá cuenta de la sangre de los profetas derramada desde la creación del mundo; desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, que pereció entre el altar y el santuario. Sí, os lo repito: se le pedirá cuenta a esta generación. ¡Ay de vosotros, maestros de la Ley, que os habéis quedado con la llave del saber; vosotros, que no habéis entrado y habéis cerrado el paso a los que intentaban entrar!» Al salir de allí, los escribas y fariseos empezaron a acosarlo y a tirarle de la lengua con muchas preguntas capciosas, para cogerlo con sus propias palabras.

Releemos el evangelio

Balduino de Ford (¿-c. 1190)

abad cisterciense, después obispo

El Sacramento del altar, II, 1

«Los escribas y fariseos se confabularon contra Jesús»

Los que han derramado la sangre de Cristo no lo han hecho con el fin de borrar los pecados del mundo... Pero, inconscientemente, han sido servidores del plan de salvación. La salvación del mundo que se seguiría, no era debida a su poder, ni a su voluntad, ni a su intención, ni a su acto, sino únicamente al poder, a la voluntad, a la intención y al acto de Dios.

En efecto, en esta efusión de sangre, no era sólo el odio de sus perseguidores quien actuaba, sino también el amor del Salvador. El odio ha hecho su propia obra de odio, el amor ha hecho su obra de amor. No es el odio sino el amor el que realiza la salvación. Derramando la sangre de Cristo, el odio se derramó él mismo, «para que se revelaran los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,35).

También el amor, derramando la sangre de Cristo, se derramó él mismo para que el hombre sepa cuánto Dios le ama: «hasta el punto de no ahorrar a su propio Hijo» (*Rm 8,32*). «Porque tanto amó Dios al mundo que le ha entregado su Hijo único» (*Jn 3,16*). Este Hijo único ha sido ofrecido, no porque la voluntad de sus enemigos haya prevalecido, sino porque él mismo lo ha querido. «Ha amado a los suyos, y los ha amado hasta el fin» (*Jn 13,1*).

El fin es la muerte aceptada en bien de los que ama: éste es el fin de toda perfección, el fin del amor perfecto. «Porque no hay amor más grande que el que da la vida por los que ama» (*Jn 15,13*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«La profundización del kerigma se realiza con la experiencia del diálogo que nace de la escucha y que genera comunión. Jesús mismo ha anunciado el reino de Dios dialogando con toda clase y categoría de personas del judaísmo de su tiempo: con los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, los publicanos, los doctos, los simples, los pecadores.

Reveló a una mujer samaritana, en la escucha y en el diálogo, el don de Dios y su misma identidad: abrió para ella el misterio de su comunión con el Padre y de la sobreabundante plenitud que surge de aquí. Su divina escucha del corazón humano abre este corazón para acoger, a su vez, la plenitud del Amor y la alegría de la vida. No se pierde nada con el diálogo. Siempre se gana. Con el monólogo, todos perdemos, todos.» (*Discurso de S.S. Francisco, 29 de junio de 2019*).

Meditación

Veo en el Evangelio de hoy a Jesús que dice palabras fuertes contra fariseos y los doctores de la ley y que, lleno de ímpetu, les llama la atención porque no entran ni dejan entrar al Reino de los Cielos. De este Evangelio solo quiero quedarme con una pregunta y meditarla, dándole vueltas en el corazón como lo hacía la santa Madre de Dios.

¿Qué tipo de llave soy yo para mi hermano? ¿Soy una llave egoísta, solo para mi puerta, una llave que no puedo compartir, pues con ella yo, y solo yo, entraré en el reino de Dios? ¿O soy la llave que está llena de moho, porque la he tenido tanto tiempo escondida que ya no sirve para nadie, ni para mí, ni para otros, puesto que con ella ya no soy capaz de abrir nada? ¿O la llave que está torcida porque, forzando algunas puertas, la he torcido y ya no me sirve para la puerta que debo abrir? ¿O la llave que está rota?, pues queriendo abrir puertas que no eran, la he dañado, y ahora no puedo abrir la puerta para la cual fue hecha. O, por último, ¿tengo la llave correcta, sin manchas, aquella que he conservado en mi caja fuerte para abrir la puerta que es adecuada y en el momento adecuado, y no solo para mí sino para otros? ¿Qué tipo de llave soy para mi hermano?

Oración final

Yahvé ha dado a conocer su salvación,
ha revelado su justicia a las naciones;
se ha acordado de su amor y su lealtad
para con la casa de Israel. *(Sal 98,2-3)*

VIERNES, 18 DE OCTUBRE DE 2019
SAN LUCAS, EVANGELISTA

El llamado a comunicar a Cristo.

Oración introductoria

Señor, dame la gracia de escuchar tu voz y poder seguirla, con amor, para que otros vean un discípulo tuyo, no por mérito personal sino por don tuyo.

Petición

Señor, concédeme buscar tu Reino, confiado en que todo lo demás se me dará por añadidura.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 4,10-17a)

Dimas me ha dejado, enamorado de este mundo presente, y se ha marchado a Tesalónica; Crescente se ha ido a Galacia; Tito, a Dalmacia; sólo Lucas está conmigo. Coge a Marcos y tráetelo contigo, ayuda bien en la tarea. A Tíquico lo he mandado a Éfeso. El abrigo que me dejé en Troas, en casa de Carpo, tráetelo al venir, y los libros también, sobre todo los de pergamino. Alejandro, el metalúrgico, se ha portado muy mal conmigo; el Señor le pagará lo que ha hecho. Ten cuidado con él también tú, porque se opuso violentamente a mis palabras. La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone. Pero el Señor me ayudó y me dio salud para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran los gentiles.

Sal (Sal. 144,10-11.12-13ab.17-18)

Tus santos, Señor, proclamen la gloria de tu reinado.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 10,1-9)

En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa." Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros.

Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el reino de Dios."»

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Constitución sobre la Divina; Revelación (Dei Verbum), § 18-19

El testimonio de san Lucas:

«He decidido, después de haberme cuidadosamente informado de todo... escribir los hechos acaecidos» (Lc 1,3)

De entre todas las Escrituras, incluso en el Nuevo Testamento, los Evangelios son los textos más importantes, por el hecho de ser los principales testimonios de la vida y la enseñanza del Verbo encarnado, nuestro Salvador. La Iglesia ha afirmado, siempre y en todas partes, el origen apostólico de los cuatro evangelios, y todavía lo afirma.

Lo que los apóstoles han predicado sobre Cristo, más tarde, ellos mismos y unos hombres de su mismo tiempo nos lo han transmitido, bajo la inspiración del Espíritu divino, en los escritos que son el fundamento de nuestra fe, es decir, el Evangelio en sus cuatro formas, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

De manera firme y absolutamente constante, la santa Madre Iglesia ha afirmado y afirma, que los cuatro evangelios enumerados, - de los cuales y sin dudar, atestigua su historicidad- transmiten fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, mientras convivió con los hombres, realmente hizo y enseñó para la salvación eterna de todos, hasta el día en que fue elevado al cielo (*Hch 1,1-2*).

Después de la Ascensión del Señor, los apóstoles transmitieron a sus oyentes lo que Jesús había dicho y hecho, con la misma comprensión profunda de todo que ellos tenían, pues habían sido instruidos a través de

los acontecimientos gloriosos de Cristo y enseñados por la luz del Espíritu de la verdad (*Jn 14,26*).

Los cuatro evangelios han sido compuestos por los autores sagrados, escogiendo ciertos detalles de entre muchos más que les habían transmitido, ya sea de palabra o por la escritura, haciendo entrar algunos de estos en una síntesis, o bien exponiéndolo según convenía visto el estado de las iglesias, y conservando la forma de una proclamación con el fin de podernos comunicar, así, cosas verídicas y auténticas sobre Jesús.

Las escribieron con esta intención, ya sea con sus propios recuerdos que tenían retenidos en su memoria, ya sea por el testimonio de aquellos que «fueron desde un principio testigos oculares y servidores de la Palabra», a fin de que nosotros «conociéramos la verdad de las enseñanzas que hemos recibido» (*Lc, 1,1-2*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Ese esfuerzo también tiene que abarcar el amplio mundo laical; también los laicos son enviados a la mies, son convocados a tomar parte en la pesca, a arriesgar sus redes y su tiempo en “su múltiple apostolado tanto en la Iglesia como en el mundo”. Con toda su extensión, problemática y transformación, el mundo constituye el ámbito específico de apostolado donde están llamados a comprometerse con generosidad y responsabilidad, llevando el fermento del Evangelio.

Por eso deseo dar la bienvenida a todas las iniciativas que en cuanto pastores tomen para la formación de los laicos -gracias por esto- y no dejarlos solos en la misión de ser sal de la tierra y luz del mundo, para contribuir a una transformación de la sociedad y la Iglesia.» (*Discurso de S.S. Francisco, 7 de septiembre de 2019*).

Meditación

La misión de Cristo es nuestra misión también, Él nos ha llamado, Él nos ha dado lo necesario para realizar nuestra tarea de discípulos y Él nos ha enviado para comunicarlo y predicar su mensaje. Si no estamos unidos a Cristo, del cual emana nuestra misión, todo lo que hagamos será en vano ya que Él es quien sabe lo que necesita la gente, Él conoce los corazones de las personas y puede llegar a interpelarlos en lo más íntimo para que, así, conviertan su vida hacia Cristo.

Conociendo cuáles son los intereses de Cristo, podemos servirle como sus enviados porque conocemos al artista que quiere esculpir su imagen divina en la obra que Él mismo creó; así, todo lo que hagamos, digamos, pensemos, tendrá la huella de Cristo, el maestro y Señor, y también será una forma por la que nos reconocerán, porque cuando la gente nos vea podrán decir que es Cristo quien vive en cada uno de nosotros.

Dios sabe a quién llama porque conoce a cada uno por su nombre, como a san Lucas, que después emprenderá la tarea de escribir la vida y obras de Cristo en su Evangelio. Podemos decir que todo empezó ahí donde los discípulos empezaron a llevar la paz de Cristo a las cercanías, y después, cómo el evangelista Lucas transmitió el mensaje de Cristo que aún seguimos leyendo hasta el día de hoy, manteniendo viva la memoria de los hechos de nuestra historia de salvación.

Oración final

Alábenle, Yahvé, tus creaturas,
bendíganle tus fieles;
cuenten la gloria de tu reinado,
narren tus proezas, *(Sal 145,10-11)*

Oración introductoria

Señor, dame el valor de reconocerte cristiano ante mis propios temores.

Petición

Espíritu Santo, dulce Huésped y Consolador de mi alma, fortaléceme para ser un auténtico testigo de Cristo.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 4,13.16-18)

No fue la observancia de la Ley, sino la justificación obtenida por la fe, la que obtuvo para Abrahán y su descendencia la promesa de heredar el mundo. Por eso, como todo depende de la fe, todo es gracia; así la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la descendencia legal, sino también para la que nace de la e de Abrahán, que es padre de todos nosotros. Así, dice la Escritura: «Te hago padre de muchos pueblos.» Al encontrarse con el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe, Abrahán creyó. Apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones, según lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia.»

Sal (Sal. 104,6-7.8-9.42-43)

El Señor se acuerda de su alianza eternamente.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 12,8-12)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si uno se pone de mi parte ante los hombres, también el Hijo del hombre se pondrá de su parte ante los ángeles de Dios. Y si uno me reniega ante los hombres, lo renegarán a él ante los ángeles de Dios. Al que hable contra el Hijo del hombre se le podrá perdonar, pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará. Cuando os conduzcan a la sinagoga, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de lo que vais a decir, o de cómo os vais a defender. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir.»

Releemos el evangelio

San Rafael Arnáiz Barón (1911-1938)

monje trapense español

Escritos Espirituales, 04/03/1938

*“Aquel que me defienda delante de los hombres,
el Hijo del hombre le defenderá ante los ángeles”*

Cojo hoy en nombre de Dios la pluma, para que mis palabras al estamparse en el blanco papel sirvan de perpetua alabanza al Dios bendito, autor de mi vida, de mi alma y de mi corazón. Quisiera que el universo entero, con todos los planetas, los astros todos y los innumerables sistemas siderales, fueran una inmensa superficie tersa donde poder escribir el nombre de Dios.

Quisiera que mi voz fuera más potente que mil truenos, y más fuerte que el ímpetu del mar, y más terrible que el fragor de los volcanes, para sólo decir, Dios. Quisiera que mi corazón fuera tan grande como el cielo, puro como el de los ángeles, sencillo como la paloma, para en él tener a Dios.

Mas ya que toda esa grandeza soñada no se puede ver realizada, conténtate, hermano Rafael, con lo poco, y tú que no eres nada, la misma

nada te debe bastar. ¡Qué hipocresía decir que nada tiene..., el que tiene a Dios! ¡Sí!, ¿por qué callarlo?... ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué no gritar al mundo entero, y publicar a los cuatro vientos, las maravillas de Dios? ¿Por qué no decir a las gentes, y a todo el que quiera oírlo?... ¿Ves lo que soy?... ¿Veis lo que fui? ¿Veis mi miseria arrastrada por el fango?... Pues no importa, maravillaos, a pesar de todo, yo tengo a Dios..., Dios es mi amigo..., que se hunda el sol, y se seque el mar de asombro..., Dios a mí me quiere tan entrañablemente, que si el mundo entero lo comprendiera, se volverían locas todas las criaturas y rugirían de estupor. Más aún... todo eso es poco.

Dios me quiere tanto que los mismos ángeles no lo comprenden. ¡Qué grande es la misericordia de Dios! ¡Quererme a mí..., ser mi amigo..., mi hermano..., mi padre, mi maestro..., ser Dios y ser yo lo que soy! ¡Ah!, Jesús mío, no tengo papel ni pluma. ¡Qué diré!... ¿Cómo no enloquecer?... ¿Cómo es posible vivir, comer, dormir, hablar y tratar con todos? ¿Cómo es posible que aún tenga serenidad para pensar en algo que el mundo llama razonable, yo que pierdo la razón pensando en Ti? ¡Cómo es posible, Señor!... Ya lo sé, Tú me lo has explicado..., es por el milagro de la gracia.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El camino de Jesús hacia el Calvario es un camino de sufrimiento y soledad que continúa en nuestros días. Él camina, padece en tantos rostros que sufren la indiferencia satisfecha y anestesiante de nuestra sociedad, sociedad que consume y que se consume, que ignora y se ignora en el dolor de sus hermanos. También nosotros, tus amigos Señor, nos dejamos llevar por la apatía, la inmovilidad.

No son pocas las veces que el conformismo nos ha ganado y paralizado. Ha sido difícil reconocerte en el hermano sufriente: hemos desviado la mirada, para no ver; nos hemos refugiado en el ruido, para no oír; nos hemos tapado la boca, para no gritar. Siempre la misma tentación. Es más fácil y «pagador» ser amigos en las victorias y en la gloria, en el éxito

y en el aplauso; es más fácil estar cerca del que es considerado popular y ganador.» (*Discurso de S.S. Francisco, 25 de enero de 2019*).

Meditación

En las vísperas de la jornada mundial de las misiones recuerdo los tiernos momentos de mi infancia donde mis papás me llevaban a compartir los juguetes que ya no ocupaba y darlo a los demás niños. Recuerdo que una vez intenté remendar un peluche que tenía un pequeño agujero; sinceramente, quedó peor y me decidí a darlo a un niño orgulloso de mi gran proeza.

De todos los juguetes fue lo último que quedó, nadie lo quería, quién quiere un oso de peluche con una oreja fea. Triste porque nadie aceptaba mi osito, me quise ir, de pronto se acerca un niño corriendo, preguntando donde habían dado este osito tan «lindo», se lo di con cierta desgana, pues era lo único que quedaba.

Lo que le más le había gustado a este chico era la cruz que tenía el osito en la oreja, una cruz roja. El niño pensó en un osito católico, y pensó en el niño que le había dado ese osito que llevaba una cruz al pecho. Años después ese chico era uno de los que más quería ayudar en la iglesia del pueblo.

Lo que menos nos damos cuenta es lo que mejor comunicamos. Somos ese niño con la cruz al pecho en una sonrisa, en una mirada de atención, en un momento de escucha... Llevemos esa cruz en nuestras vidas y anunciemos con nuestras obras, aunque estemos cansados, fatigados o fastidiados, que Jesús está en la cruz por amor a nosotros.

Oración final

¡Yahvé, Señor nuestro,
qué glorioso es tu nombre en toda la tierra!
Tú que asientas tu majestad sobre los cielos. (*Sal 8,2*)